

NOVEDAD EDITORIAL

Anderson saca del armario fantasías sexuales de las mujeres

Medio siglo después del libro de Nancy Friday 'Mi jardín secreto', la actriz reúne en 'Quiero' 174 cartas con deseos ocultos de mujeres

Laura Estirado

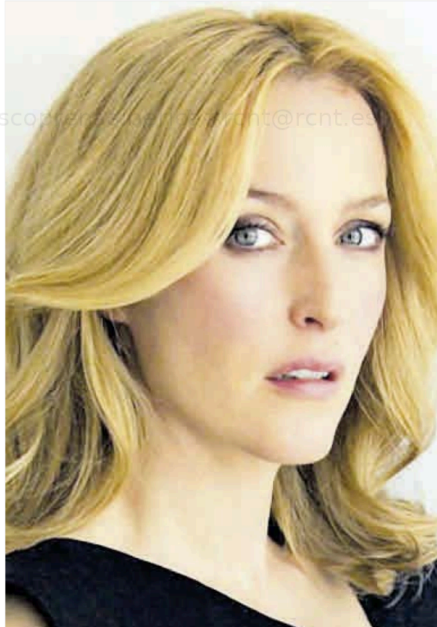
Cómo ha cambiado Dana Scully, la agente especial del FBI que en los 90 investigaba casos inexplicables junto a su compañero Fox Mulder. Su tímido personaje en *Expediente X* se convirtió en una implacable superintendente detective en *La caza* y, finalmente, en la terapeuta sexual Jean Milburn, una de sus últimas y más populares interpretaciones en *Sex Education*. Gillian Anderson (Illinois, EEUU; 1968), además de una galardonada actriz de televisión, cine y teatro (tiene dos Primetime Emmy, dos Premios Globo de Oro, cuatro Premios del Sindicato de Actores y un Critics Choice Award), es desde hace tiempo una reputada activista feminista.

Como su personaje en la serie de Netflix, la actriz no le tiene miedo al sexo, sino que lo usa como arma empoderadora. En 2023 fundó la marca de bebidas naturales G Spot (punto G, en castellano) y el pasado enero fue una de las mejor vestidas en la alfombra roja de los Globos de Oro, a los que acudió con un diseño de Gabriela Hearst con bordados en forma de vaginas.

Poco después, hizo un llamamiento a través del diario *The Guardian* para que las mujeres de todo el mundo le enviaran sus fantasías sexuales más ocultas. La idea era versionar, más de medio siglo después, el clásico de Nancy Friday, *Mi jardín secreto* (1973), una colección de cartas impúdicas donde por primera vez los deseos de las mujeres salían a la luz.

Gillian recibió 1.800 respuestas, de las que al final seleccionó 173 fantasías de mujeres, incluida una escrita de su propio puño y letra, que, como las demás también es anónima. En las 500 páginas de *Quiero* (Temas de Hoy), cada relato se firma con el grupo étnico y/o la nacionalidad de la autora; la religión (y si es o no practicante); su renta anual en libras esterlinas; su orientación sexual; el estado civil, y si tiene o no descendientes.

Lo que más le ha alucinado a la actriz, que confiesa haber leído el manual de Friday para preparar sus papel en *Sex Education*, es que 50 años después todavía sigue habiendo mucha «vergüenza» en torno a hablar de sexo y compartir fantasías sexuales con amigos o parejas. «Había pensado que hoy en día habría menos vergüenza, para mí fue una verdadera revelación», escribe en la introducción. A ella misma, ha confesado en la BBC, también le costó soltarse. «De repente, describir las imágenes que habían estado en mi cabeza por un tiempo, y la acción de hacerlo, agregó un nivel de intimi-



La actriz y activista Gillian Anderson acaba de publicar 'Quiero'. | E.O.

Menos sexo no consentido, incestos o ilegalidades, en 'Quiero' caben todo tipo de escenas

dad que no hubiera esperado, y no hubiera esperado ser tan tímida al respecto».

Menos sexo no consentido, incestos o ilegalidades, en *Quiero* caben todo tipo de escenas, algunas «peligrosas», como dominación intensa, sumisión o actos violentos. A juicio de la «comisaria» la función que se autootorga en este compilatorio, «sería hipocrita no incluirlas porque son fantasías que tienen las mujeres», especifica. No hay aquí ningún afán científico, como aquel viejo Informe Hite de 1976, solo el afán de la autora de «questionar las categorizaciones en las que las mujeres se ven metidas a la fuerza».

«Me gustaría tener pene»

Por ejemplo, una de ellas que se identifica como mestiza ecuatoriana pansexual y bisexual abre

fuego con un «Me gustaría tener pene (...). Me encantan mis tetas y mi feminidad, pero quisiera tener un pene para follarme a una mujer, o a muchas mujeres, con cuidado y protección, aunque también con un deseo feroz, y sentir el placer que sienten los hombres cuando mantienen relaciones con una mujer».

Una tal «inglesa, pagana y bisexual» también se confiesa: «Mi fantasía es que soy una humilde marinera de cubierta en un barco pirata cuya tripulación son todo mujeres. Yo soy hetero. Ellas son mujeres fieras; peleonas, sexis, lujuriosas. Si discutes con ellas, acabas desnuda y azotada. Son todas lesbianas...» Al final acaba «gritando de éxtasis».

Como el final feliz de otra autora, identificada como «rumana, ortodoxa y bisexual», que, antes de morir quiere cumplir su fantasía en una «iglesia vacía, abandonada o no». «Quiero que un hombre me lo coma mientras estoy tumbada en el altar y mis gemidos de placer llenan ese espacio resonante. Fantaseo incluso con encontrar a un joven sacerdote dispuesto a hacerlo, sin miedo a que su Dios pueda castigarlo».

Generación i



POR
Arantxa Rufo
ESCRITORA

Siempre quise ser una femme fatale

Siempre me fascinaron las mujeres fatales de las películas antiguas. Esas figuras envueltas en misterio, seguras de sí mismas, con una inteligencia afilada y un encanto capaz de doblegar a los hombres más poderosos. Me atrevo a confesarlo: siempre quise ser una *femme fatale*.

Cuando las descubrí en la literatura, ese deseo se agrandó. Desde *Milady de Winter*, que manejaba a los Tres Mosqueteros de Du-

y traicionera, no en vano, Phyllis Dietrichson embauca al pobre Walter Neff para asesinar a su marido y repartirse la pasta. Y lo hace gracias a su atractivo, lo que lleva al movimiento feminista a criticar el papel de estas mujeres como objeto sexual. ¿Pero no es esa una manera machista de juzgarla, solo por su aspecto? Si lo miramos desde otra perspectiva, ellas representan la independencia y la capacidad de tomar decisiones di-

ficiles, incluso cuando el precio a pagar es alto, y siempre lo es.

En *El halcón maltés*, de Dashiell Hammet, *Bridgida engaña*, seduce al pobre Sam Spade y hace lo que haga falta por obtener la fatídica estatuilla, y aun cuando el código detective mata a sangre fría



Históricamente, la 'femme fatale' ha sido vista como una figura peligrosa que amenaza el orden social. Es la que lleva al héroe por el mal camino...

Historicamente, la *femme fatale* ha sido vista como una figura peligrosa que amenaza el orden social. Es la que lleva al héroe por el mal camino, la mentirosa manipuladora que, segu-

ramente, oculta un arma en la liga. Sin embargo, entre mujeres víctimas o damiselas en apuros, la *femme fatale* rompe moldes y no se somete a las expectativas de la sociedad. ¿Es un objeto de deseo? Sí, pero también una mujer que utiliza su intelecto, su carisma y su voluntad para labrarse su propio camino.

El estereotipo de la *femme fatale* perpetúa la idea de la mujer como figura peligrosa

a quien se le pone por delante, la mala es ella.

Así que sí, siempre quise ser una *femme fatale*. No por el glamour, la belleza o el peligro, sino porque representan una rebelión contra las normas, una afirmación del poder femenino en un mundo que, durante mucho tiempo, ha tratado de controlarlo.

Hoy sigo queriendo ser una *femme fatale* y llevar una pistola en la liga.

